

# DE LA ECONOMÍA MODERNA A UNA COMPRENSIÓN SOCIOECONÓMICA DE LA PRODUCCIÓN Y LOS INTERCAMBIOS MATERIALES\*

Andrés Monares

*“Necesitamos trabajo empírico, pero necesitamos algo adicional: trabajo empírico que realmente cambie la manera en la que miramos el problema”*  
Ronald Coase, *Nóbel de Economía 1990*

## Presentación

Durante el siglo XX la Economía Moderna —derivada de la teoría clásica o liberal y entendida en tanto disciplina científica— fue escalando posiciones en el camino de la legitimidad académica. El resultado de dicho proceso fue que se la instituyó como *la* teoría y técnica directiva del mundo real. De hecho, los últimos años de la pasada centuria la vieron en el clímax de su poder e influencia en brazos del Neoliberalismo, la más extremista de sus escuelas hacia la *derecha*. Pudo parecer a algunos que la última crisis financiera, que comenzara el 2007 en Estados Unidos a raíz de la especulación hipotecaria (la llamada crisis “*subprime*”), la haría caer de su trono. Pero sus fieles acólitos habrían logrado hacerla pasar la tormenta de la ruina y la corrupción especulativa, y de las consecuentes críticas teórico-prácticas.

No obstante, los reparos a la Economía Moderna datan de mucho tiempo. Incluso han surgido dentro de la propia disciplina y en la voz de connotados economistas. Pero asimismo las observaciones críticas han provenido desde *fuera*, a partir de otras ramas del saber sociocultural. Estas han acumulado gran cantidad de material empírico que deja en evidencia la debilidad de los *supuestos* económicos básicos y la pretensión de erigir a la Economía Moderna en una ciencia legalista al modo de las ciencias naturales. A la fecha se supone que toda disciplina empírica tiene el irrenunciable deber de contrastar su teoría con la realidad... o se supone que debía tenerlo.

En tal sentido, este escrito le parece a su autor una especie de *deja vú*, una repetida imagen de una multitud que intenta penetrar en la

---

\* Publicado en *Revista Polisemia*, Nro. 11, 2012, Centro de Investigaciones Humanas y Sociales (CEIHS), Bogotá, Colombia. La presente versión tiene diferencias formales menores con el artículo referido y se le han hecho dos adiciones: acerca de las “complejidades innecesarias de la cultura” de Ralph Linton y algunas críticas de Marshall Sahlins a la “función de utilidad”.

fortificación teórico-práctica de la moderna Economía “científica”. Reducto que sus orgullosos defensores, los ortodoxos “economistas profesionales”, suponen inexpugnable. Pero, esa *creencia* se mantiene más por el propio autismo de aquellos campeones, que por el carácter de su defensa o la propia coherencia de aquella plaza fuerte teórico-práctica.

En todo caso, los supuestos económicos no son sostenidos sólo por los miembros más dogmáticos de la disciplina. Por cierto que entre los economistas no tan ortodoxos y entre los heterodoxos, a pesar de que puedan rechazar el mito del egoísmo individual, se mantiene una creencia en el estatus *científico* de la Economía Moderna. Lo cual precisamente se deriva de aceptar, conciente o inconscientemente, una regularidad estricta en la conducta humana. Entonces, por más que a primera vista pueda parecer una generalización demasiado ligera, es posible hablar de una Economía Moderna y de los economistas modernos como *un* cuerpo unitario de profesionales que comparten un conjunto de premisas fundamentales.

Así, en primer lugar aquí se expondrá una *nueva-vieja* crítica acerca de los supuestos económicos modernos; para luego adentrarse en la variedad de sistemas económicos. Estos son fruto de la diversidad que posibilita la capacidad de crear cultura a gran escala, esa singular característica humana. Dentro de tal conjunto de inventos de la especie, se debe ubicar uno muy particular y de muy corta data: la Economía Moderna cual *disciplina* positiva-normativa y *práctica* productivo-comercial. En tanto disciplina, además de ser expresión sociocultural de una época y lugar, ha sido muy influyente en la conformación de una forma de vida. Es decir, como Economía normativa ha influido en la práctica productivo-comercial que ha descrito/prescrito la Economía positiva. Lo antedicho se complementará con una especificación respecto de la falsedad de una pretendida tendencia materialista *natural* en los individuos y su correlato de una *legalidad* económica.

Lo expuesto en el párrafo anterior, por la influencia actual de la Economía Moderna, no son meros preciosismos intelectuales. Si bien incumben al mundo académico, tienen también decisivos efectos en la vida cotidiana de millones de personas alrededor de todo el mundo. De tal modo, un análisis crítico de la disciplina se hace necesario, sino urgente, como un asunto teórico a la vez que práctico.

### **Las economías más allá de la Economía**

La Economía Moderna ha levantado un infranqueable muro entre el complejo producción/intercambios materiales y todas las demás actividades socioculturales. Desde esa perspectiva se ha llegado a hablar

de un quehacer y una disciplina *exclusivamente* económicas. Aún más, por la decisiva influencia política y académica del Liberalismo y el Neoliberalismo, la práctica de *esa* economía sería *la* fundamental en cualquier sociedad. Al tiempo que el particular cuerpo teórico de *esa* ciencia económica, sería *el* modo evidentemente correcto de guiar y analizar las actividades productivas y los intercambios materiales (estos últimos comprendidos en su estricto sentido comercial-lucrativo). Es tal el grado de perfección otorgado a la Economía Moderna, que se le ha llegado a elevar a nivel del *único* camino posible y eficaz de lograr el progreso material. El cual, en su acepción de crecimiento económico, es el patrón con que a la fecha se sopesa el avance de las sociedades.

Más allá de ciertos matices entre los distintos enfoques económicos modernos, los dos *supuestos* básicos que hoy dominan la disciplina son la existencia de una *naturaleza* egoísta del ser humano y de un sistema generador de precios *autorregulado*.<sup>1</sup> Por su supuesta tendencia egoísta — la “racionalidad” que busca un “beneficio marginal” mayor al “costo marginal” o la maximización de la “utilidad”— los individuos buscarían de modo constante acrecentar sus ganancias monetarias, o sea, se guían en todo momento por su inherente afán de lucro. La expresión de esa naturaleza conformaría en el mundo real el mercado autorregulado. Éste se origina por la pugna, egoísta e individualista, entre quienes quieren vender lo más caro posible y quienes quieren comprar lo más barato posible. Por ese proceso el mercado determina, de manera automática, *todos* los precios en *todos* los ámbitos de la sociedad. Si la pugna entre los agentes del mercado no es intervenida, se fijarían los precios óptimos de cuanta mercancía existe.<sup>2</sup>

Al suponerse, desde la teoría y la práctica económica moderna, que las sociedades son *sociedades de mercado*, es decir, que están constituidas por diferentes mercados (trabajo, salud, autos, tierras, comida, vestido, educación, materias primas, dinero, etc.), se asume que quienes participan en ellos se guían por los precios para maximizar su dinero. Ese cálculo y el comportamiento consecuente —los cuales a pesar de basarse en un deseo,

---

<sup>1</sup> Las diferencias de enfoques irían desde el fundamentalismo de mercado con su rígida fe en los supuestos nombrados, a las visiones que aceptan los fallos de mercado (con la consecuente necesidad de cierta regulación o corrección) y las que consideran algunas variables intervinientes no económicas. Pero todas esas visiones, incluso las derechamente opuestas a la Economía Liberal, terminan aunadas al asumir el carácter *científico* de la disciplina, por el cual ella trabaja o debería tender a trabajar con regularidades legales al modo de la Física. Ha de tenerse claro que la diferencia de tecnicismos, o de alguna cuestión teórica puntual, no implica la inexistencia de una *unidad de fundamentos*.

<sup>2</sup> Por ahora nos referimos al principio maximizador sólo en su relación al sistema productivo-comercial. Más adelante se hará en cuanto principio *supuestamente* más general y explicativo de *todas* las decisiones humanas, en cualquier época y sociedad, al entender la maximización como una “función de utilidad”: un cálculo que introduce y jerarquiza variables no estrictamente lucrativas. En todo caso, esta *nueva* mirada sigue respondiendo al fundamento original del cálculo egoísta individual.

la Economía Moderna los llamará racionales—, son el medio para que se lleve a cabo una *distribución automática y autónoma* de la riqueza. Salvo en ámbitos muy específicos, las sociedades de mercado no requerirían más que de la Economía. Cualquier intervención extraeconómica será una distorsión negativa de un sistema eficaz y benéfico.

El problema con ese simple y en apariencia explicativo esquema utópico de la disciplina económica, es que cuantiosa información empírica demuestra de manera indesmentible que no existe una naturaleza puramente económica en la humanidad. Y además nunca antes había existido una comunidad que hubiera situado a la producción y a los intercambios materiales en base al lucro, por encima del resto de las actividades colectivas. Menos alguna sociedad que hubiera separado lo económico de sus demás quehaceres. De hecho, la gran mayoría de las formas económicas que han existido no han sido ni lucrativas ni maximizadoras. Asimismo, se puede hacer una clara distinción entre los mercados como lugares físicos donde se realizan intercambios, los cuales se encuentran en diversas culturas y épocas, y el mercado autorregulado formador de precios y rector de *toda* la sociedad. Este último es una especificidad occidental moderna, o sea, un invento muy reciente y singular de una tradición cultural específica.

Nunca ha existido la economía aislada o por sí sola. Durante la mayor parte de los aproximadamente 190 mil años del devenir del *homo sapiens*, la producción y los intercambios materiales han sido fenómenos *socioculturales*. Esto quiere decir que han estado insertos y relacionados al resto de las actividades, creencias e ideas de las diversas comunidades históricas. Nunca separados, nunca autónomos y nunca naturales o instintivos. Todo lo cual deja en evidencia los errores y arbitrariedades teórico-prácticas de la Economía Moderna. En tal sentido, no pueden ignorarse los esfuerzos del historiador de la economía Karl Polanyi, quien legó a la posteridad su fructífera labor sobre las muy diversas formas en que los diferentes grupos humanos han logrado su sustento.<sup>3</sup>

Por último, se debe precisar que se ha hablado y se hablará aquí de Economía Moderna en un sentido *sociocultural*. No en uno cronológico referido a lo actual. Se hará referencia a un sistema teórico-práctico por el cual se explica y se materializa la producción y los intercambios materiales con un afán lucrativo, desarrollado principalmente por la burguesía británica reformada (calvinista) de los siglos XVII y XVIII. Su pretendida universalidad apoyada en su supuesto carácter científico y su progresiva universalización sobre la base de presiones y de las armas, no implica que

---

<sup>3</sup> El lector podrá encontrar en los trabajos de Polanyi una excelente crítica de la Economía Moderna, y de las relaciones entre cultura y búsqueda del sustento. Estos mismos tópicos los he expuesto en Monares (2008), donde han sido tratados en extenso los temas de este artículo.

en realidad sea universal o expresión de la *verdadera* naturaleza humana. Tampoco existe ni la más remota posibilidad de que las culturas no modernas y sus respectivas formas de procurarse el sustento, sean meras etapas incompletas y/o previas en una evolución unilineal hacia la *superior* Economía Moderna.<sup>4</sup>

### **Sustento, sociedad y cultura**

Para entender a cabalidad los fenómenos de la producción y de los intercambios materiales, es necesario establecer un marco general que tenga *verdaderos* fundamentos empíricos. Se requiere salir de los estrechos marcos de los arbitrarios *supuestos* ideológicos y las consecuentes conclusiones igualmente arbitrarias de la Economía Moderna.<sup>5</sup>

Entonces, para partir de lo empírico, se recurrirá aquí al llamado enfoque institucional o sustantivo de lo económico. Éste fija su atención en la “cultura”: un sistema de patrones de conducta, ideas y moral que se traspasa de generación en generación por medios no genéticos y que conforman el modo de vida de cada grupo.<sup>6</sup> Dicha perspectiva sustantiva busca identificar las formas de lograr el sustento, entendiendo que ello se consigue a través de una serie de patrones socioculturales *reales*.<sup>7</sup> El sustantivismo desarrolló así una amplia mirada empírica y holística que fundió disciplinas como la Historia, la Antropología, la Sociología y ciertamente la Economía. Luego, cuando se comprende que cada sociedad

---

<sup>4</sup> La concepción de un *progreso unilineal* de la humanidad hacia las formas occidentales modernas, supone *fases sucesivas de desarrollo*: recolección, caza, ganadería, agricultura, comercio e industrialización. Si bien ese enfoque acepta la existencia del trueque durante las primeras cuatro fases, se asume que al mostrarse finalmente ineficaz se habría *avanzado* a formas *primitivas* de comercio lucrativo y de ahí al actual sistema de libre mercado. Este rígido esquema general, a todas luces falso e ideológico, puede ser considerado verdadero desde la ignorancia... y peor aún, desde el eurocentrismo y el racismo.

<sup>5</sup> La crítica a la irrealidad de la concepción del mercado autorregulado (*laissez-faire*) y de sus conclusiones no es nueva, y de hecho se puede encontrar entre insignes economistas: “La belleza y la simplicidad de una teoría semejante son tan grandes que es fácil olvidar que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad (...) la conclusión de que los individuos que actúan independientemente para su propio provecho producirán el mayor agregado de riqueza depende de una variedad de supuestos irreales” (Keynes 1926). Y nunca debe olvidarse que Keynes no atacaba al capitalismo occidental en sí, su pretensión era corregirlo a fin de “evitar la destrucción total de las formas económicas existentes” y mantener el “funcionamiento afortunado de la iniciativa individual” (Zweig 1954: 97).

<sup>6</sup> Para una exposición resumida acerca de diferentes enfoques del concepto de “cultura”, ver Singer (1977).

<sup>7</sup> Respecto de los medios de sustento, a la producción *directa* (caza, agricultura, recolección, etc.) deben sumarse los “servicios” o trabajos *indirectamente* sustentadores y los intercambios. Sobre estos últimos, cabe señalar que no sólo se puede transar un bien por otro; asimismo bienes por servicios, servicios por bienes y servicios por otros servicios. Incluso los intercambios han tenido expresiones no comerciales o que no buscan algún tipo de provecho individual (monetario o no); casos típicos son ciertas clases de regalos y de prestaciones personales.

tiene sus propias instituciones económicas, surgidas y admitidas desde su propia especificidad cultural, se cae en cuenta de la diferencia del significado de lo económico para la Economía Moderna y los sustantivistas.<sup>8</sup>

Parecería una obviedad que el trabajo o el esfuerzo desplegado para conseguir el sustento *en cualquiera de sus formas históricas*, manifiestamente es un factor de la producción. Pero el error y lo ilusorio de la postura de la Economía Moderna ha sido considerarlo *sólo* un mero factor productivo. De esa manera se lo ha aislado de todo el resto del sistema sociocultural de las diversas comunidades. Al tiempo que se han ocultado u obviado los contextos en que lo económico toma sentido y se materializa.

La verdad es que a través del tiempo el trabajo —en tanto actividad *social* con sus múltiples relaciones con otras partes de una *cultura*— ha sido definido y apreciado según las pautas ideológicas y morales de cada grupo. Esta cualidad sociocultural de la búsqueda de sustento, no responde sencillamente al obvio hecho de que se realiza en conjunto.<sup>9</sup> Como señala Polanyi, lo central es que lo económico está “incrustado” en el conjunto de patrones conductuales, morales y en los significados de cada comunidad. Dificilmente la producción y los intercambios materiales pueden ser *separados* del resto de los componentes de una cultura. De llegar a estarlo, pierden sentido para quienes son *portadores* de dicha forma de vida; y cuando no se imposibilita, se dificulta su puesta en práctica.<sup>10</sup>

Es un hecho que en la inmensa mayoría de los casos históricos, las actividades productivas y los intercambios materiales son expresiones del funcionamiento de instituciones *no económicas*. Sean religiosas, de parentesco, rituales, políticas, etc. Por ende, si se ha de intentar identificar las actividades económicas con un concepto algo más específico —y por

---

<sup>8</sup> En la segunda mitad del siglo XX los sustantivistas tuvieron un debate sobre esas diferencias de significado de lo económico con los “formalistas”. Estos últimos son los economistas modernos quienes están apegados a la relación *formal* “medios-fines” en un contexto de escasez, o sea, a una mirada limitada cuando no irreal. Paradójicamente, Lionel Robbins (1935), quien puede considerarse el *padre* del formalismo, era más abierto que muchos de sus rígidos continuadores: “Convengo también en que la Economía, por sí sola, no da la solución a ninguno de los problemas importantes de la vida, y que por esta razón una educación que consista sólo en Economía es muy imperfecta”.

<sup>9</sup> Y nunca ha de olvidarse que desde la Paleontología se sabe que el *homo sapiens* debe su supervivencia y desarrollo a la solidaridad y a la cooperación.

<sup>10</sup> Este *punto ciego* de las economías reales respecto a la Economía Moderna, también se da en el caso del marxismo —una *variación* de la concepción moderna original—, en cuanto al “rol decisivo que la teoría adjudica a la base económica [estructural o puramente material] y el hecho de que las relaciones económicas predominantes son superestructurales” (Sahlins 1983: 118).

cierto más acorde a la realidad— habría que hablar de sistemas *socioeconómicos*.<sup>11</sup>

Durante la mayor parte de la vida del *homo sapiens*, en general, lo económico ha conformado un todo junto a lo religioso, moral, político, educativo, estético, recreativo, ideológico, etc. Las personas y grupos no se han guiado por móviles de estricto carácter económico o materiales. *Menos todavía por unos específicamente lucrativos*. El ser humano busca objetivos socioculturales en sus actos; hasta en los productivos y de intercambio material:

“Los monjes comerciaban por motivos religiosos, y los monasterios llegaron a ser los mayores establecimientos comerciales de Europa. El comercio *kula* de las islas Trobriand, uno de los más complicados sistemas de trueque conocidos por el hombre, tenía esencialmente un propósito estético. La economía feudal dependía en gran medida de la costumbre o la tradición. Para los kwakiutl, el principal fin de la industria parecía ser una cuestión de honor. Bajo el despotismo mercantil, la industria se planificaba a menudo para servir al poder y la gloria. Según esto, tendemos a pensar que los monjes, los melanesios occidentales, los aldeanos, los kwakiutls, o los hombres de Estado del siglo diecisiete, se guiaban respectivamente por la religión, la estética, la costumbre, el honor, o el poder político” (Polanyi 1994: 83-84).<sup>12</sup>

### **La economía en las economías no maximizadoras**

El que a la fecha lo económico en su *estricto sentido lucrativo* parezca absolutamente dominante, se debe a la actual preeminencia sociocultural del dinero. Esto tiende a ocultar la relación entre lo que en las sociedades modernas y/o modernizadas se tiene por económico y el imperativo

---

<sup>11</sup> Por ejemplo, se tiene el rol económico de dos cuestiones ideológico-institucionales no económicas: los sistemas de propiedad y su marco normativo. Es común darlos por supuestos o asumir la *superioridad* o *normalidad* de la propiedad privada y el derecho individual al modo occidental moderno. No obstante, han existido diversos esquemas al respecto. Uno era el caso de la India colonizada por Gran Bretaña, donde el sistema de tenencia de la tierra era colectivo y los derechos sobre ella se derivaban del parentesco. Esa notable diferencia con la modalidad moderna les causó problemas mayúsculos a los administradores coloniales; por ejemplo, para determinar cómo y a quién cobrar impuestos. El colonialismo europeo se enfrentó a este tipo de dificultades y fueron los primeros antropólogos quienes ayudaron a *solucionarlas*... he ahí el pecado original de la disciplina. Lamentablemente, aún se prestan antropólogos para ese tipo de espurios propósitos: desde los que trabajan para transnacionales en territorios con población catalogada de “étnica”, hasta los que *asesoran* a las unidades de combate estadounidenses en Irak y Afganistán.

<sup>12</sup> Respecto de las motivaciones y objetivos no económicos de la producción y los intercambios materiales, no es necesario apelar sólo a ejemplos pretéritos y/o no modernos. Esa relación se puede constatar consultando a quien realice un trabajo remunerado sus razones para hacerlo, es decir, buscando determinar al modo aristotélico si trabajar por dinero es un *medio* o un *fin en sí*. En general se podrá ver que lo estrictamente monetario es una causa secundaria o interrelacionada a otros motivos no lucrativos. Todo gerente de recursos humanos —no taylorista claro está— sabe que ha fracasado en su empeño motivador si sus compañeros laboran sólo por dinero.

universal de conseguir la supervivencia. Y además, como el sustento hoy en día se alcanza por medio de lo monetario, dentro de una estructura productivo-comercial *ad hoc*, las apariencias cooperan a darle un supuesto apoyo empírico a la existencia de una naturaleza humana lucrativa. En otras palabras, el contexto actual y su lógica que empuja muchas veces a un comportamiento maximizador, se confunde con que ese tipo de conducta es la inherente en el ser humano.

Sin embargo los hechos no sólo desmienten una pretendida tendencia natural, y por ende universal, al lucro. Incluso en todo el mundo se pueden encontrar a través del tiempo casos de *acciones despilfarradoras institucionalizadas*. Las culturas de muchos grupos humanos conllevan patrones que van en contra —o pueden influir de algún modo contra— de los conceptos modernos de “economizar” o “maximizar”.

En la antigua Grecia las familias aristocráticas prestaban importantes y onerosos servicios públicos —construcción de templos u obras civiles— bajo la forma obligatoria y meramente honorífica de la “liturgia”. En la Columbia Británica del actual Canadá, en la ceremonia del *potlach*, los jefes de clan kwakiutl competían entre sí por estatus destruyendo grandes cantidades de productos muy apreciados dentro del grupo. Justamente Thorstein Veblen comparará a los jefes kwakiutl y a los *potlach*, con sus contemporáneos millonarios de la “clase ociosa” estadounidense del siglo XIX y sus bailes de gala u otras prácticas de consumo ostentoso y no productivo (de hecho ni siquiera maximizadoras). Finalmente en Japón, desde fines del siglo XIX, las grandes empresas nativas como una muestra de lealtad y honor, pueden postergar sus ganancias según las conveniencias del Estado y la comunidad nacional. Esas mismas compañías niponas acostumbran dar empleo *de por vida* a sus trabajadores, lo cual desde la perspectiva maximizadora occidental moderna es una práctica *irracional* que sólo causaría aumento de costos y pérdida de competitividad (Monares 2008).

El saber antropológico hace mucho que estableció que las sociedades no son utilitaristas, no desarrollan sus culturas en pos de un “máximo posible de eficacia”. El antropólogo Ralph Linton escribe que las culturas han sido desarrolladas hasta puntos donde “la conducta no produce un incremento de eficacia proporcional al aumento del trabajo”. Incluso en el ámbito de las “herramientas y utensilios, donde serían más patentes las desventajas de semejante conducta, poseemos abundancia de ejemplos que demuestran un gasto totalmente innecesario de trabajo y materiales” (Linton 1972: 99). Según el autor ello se refleja en una recurrente “complejidad innecesaria de la cultura”, la que en algunos casos hasta puede llegar a ser perjudicial para los individuos o el grupo en cuestión.

De ahí su conclusión respecto de que el ser humano “ciertamente no es un ser utilitario”.<sup>13</sup>

Se entiende así que de concebir un “sistema económico” al estricto modo de la Economía Moderna —en tanto un conjunto de conductas competitivas individuales y con carácter egoísta, basadas en el deseo de ganancias monetarias y/o el temor al hambre— se debería concluir que a través del tiempo (casi) no han existido sistemas económicos. De donde quedan al descubierto dos gruesos errores de los economistas modernos y de todos quienes se guían por sus supuestos: *reducir todos* los tipos de economía a patrones y motivaciones de libre mercado, y *generalizar* los patrones y motivaciones de libre mercado a *todos* los tipos de economía (Polanyi 1994).<sup>14</sup>

Al comprender que las motivaciones de maximización monetaria y una organización de libre mercado son una extraña singularidad dentro de la historia humana, la reflexión acerca de los *incentivos* en la relación entre cultura y Economía se desligan de los dogmas económicos modernos. Queda a la vista, como señalan Polanyi y Arensberg, la diferencia entre la limitada mirada del economista científico y la mirada holística de quienes aplican un análisis institucional o sustantivo; sean antropólogos, economistas o investigadores de cualquier otra disciplina sociocultural. Para el primero, los precios libres son *la* característica de un mercado libre y la producción para la venta a dichos precios (que varían según la oferta y la demanda) representan *la* peculiaridad de una economía de mercado. Mientras que para los segundos, es necesario “poner en relación los detalles específicos y desarrollados de un rasgo cultural”: establecer los nexos de las “características exteriores y espectaculares” que le han dado un reconocimiento general, con “las características interiores, sus configuraciones sociales, su historia pasada y sus funciones con respecto a los hombres, la sociedad y el mantenimiento de otras instituciones” socioculturales (Polanyi, Arensberg y Pearson 1976: 42).

De tal manera, desde la perspectiva amplia del análisis institucional o sustantivo se requiere averiguar cómo se relaciona la producción y los intercambios materiales con el resto de la cultura. Desde ahí se deducirá en primer lugar si en verdad la maximización monetaria es o no una meta

---

<sup>13</sup> Este rasgo humano de la “complejidad innecesaria de la cultura”, ese no buscar ni conformarse con lo estrictamente utilitario, no ha sido comprendido por dos de las ideologías más influyentes del occidente moderno: el Liberalismo situó como fin el crecimiento y el consumo infinitos; y los socialismos reales asumieron muchas veces la mera funcionalidad de los bienes.

<sup>14</sup> Hasta épocas muy recientes no existía —¡ni siquiera en los idiomas de los países europeos occidentales!— “ninguna palabra que definiera la organización de las condiciones materiales de la vida”, al modo de una cuestión autónoma del resto de los aspectos socioculturales. La civilización humana tendría que esperar a que, *recién* en el siglo XVIII, los fisiócratas franceses anunciaran “haber descubierto la economía” (Polanyi, Arensberg y Pearson 1976).

en una comunidad y, de serlo, se deberá conocer en qué lugar de la jerarquía de fines grupales y personales es situada. Luego, de ser un fin apreciado, habrá que investigar qué opciones de comportamiento se derivan de cada forma de vida en particular para alcanzar la maximización monetaria. Suponer que la búsqueda individual y competitiva del lucro es una conducta universal, sólo es eso: un *supuesto*. Y, más todavía, esa suposición es finalmente una *hipótesis falsa*.<sup>15</sup>

Entre las primeras naciones de América se pueden encontrar diversos patrones de *aprovechamiento* del ambiente, a fin de satisfacer necesidades y deseos, diferentes de los métodos modernos. Dichas conductas institucionalizadas fueron desarrolladas en base a otro tipo de nociones morales y de ideas. Fernando Mires expone algunas de esas formas, diferenciándolas y contraponiéndolas a la “economía del crecimiento” occidental moderna. Ésta, sobre todo en su relación con la naturaleza no humana, es en realidad una “antieconomía”. Por más que su teoría asuma la escasez en tanto principio básico, en la práctica no economizaría: funciona de acuerdo al supuesto de un mundo infinito.

Por el contrario, los sistemas ideológicos de muchas de las primeras naciones del continente —en específico su concepción de la naturaleza no humana y sus relaciones ecológicas— influyen para que sus métodos de aprovechamiento del ambiente no se limiten a una mera relación productiva. Ciertamente, aquellas prácticas sirven para satisfacer de manera prioritaria sus necesidades básicas y también otras que, aunque podrían tenerse por deseos suntuarios, de ningún modo pretenden una acumulación ilimitada. Si bien por miles de años no han ignorado los deseos que van más allá de lo necesario, no los han asumido infinitos; y no han confundido el aprovechamiento del hábitat con explotarlo hasta su devastación. Muchos de estos pueblos, sino todos, desarrollaron con su ambiente relaciones que no se limitan al estricto sentido utilitario materialista de las sociedades modernas y/o modernizadas.<sup>16</sup>

En el específico caso de lo que en Sudamérica se denomina Andes Centrales —principalmente el área cordillerana de lo que hoy es Perú y Bolivia— se tiene que, en general, las diversas primeras naciones de la zona elaboraron una tecnología en función de lo que podría entenderse son

---

<sup>15</sup> La propia competencia tampoco podrá ser divorciada del contexto sociocultural, de donde surgen las formas que puede tomar y sus objetivos. La Economía Moderna elude esta cuestión y asume por principio que se trata de una individualista, egoísta y lucrativa en un contexto de libre mercado. Pero es un hecho que la competencia puede ser colectiva, solidaria, no lucrativa y en un contexto altamente regulado. Por último, otro error economicista sobre la competencia es suponerla una vía segura a la eficiencia y, por tanto, a la riqueza monetaria.

<sup>16</sup> La crítica de Karl Marx a la Economía Clásica, obviamente, no lo ubica *fuera* de la tradición economicista moderna ni de la propia Modernidad. Queda en evidencia el autor cuando en su *Trabajo Asalariado y Capital* (1849) expone que los individuos se relacionan con la naturaleza no humana *sólo* para efectos de producción material (Monares 2008).

las bases ecológicas de su ambiente (Lechtman y Soldi 1985). Es decir, las herramientas de aprovechamiento que esos pueblos desarrollaron, además de estar adaptadas a las características de los lugares donde residían, protegían o evitaban la devastación de esas zonas al tener con ellos una relación *amigable* o, como se diría hoy, sustentable. Y cuando se habla de herramientas de aprovechamiento, se está incluyendo tanto su tecnología como la organización social y ciertamente aspectos simbólicos o ideológicos.<sup>17</sup>

En el caso particular y actual de los pastores de la puna atacameña del norte de Chile, se tiene un vínculo al mismo tiempo material y mágico-religioso con lo natural no humano. A través de aquel tipo de nexo las personas mediatizan el aprovechamiento de los vegetales, animales y del hábitat en sí, evitando su depredación o sobreexplotación. Y, al mismo tiempo, se reconocen dependientes de su ambiente. Lo central para sostener esa relación es su *cosmovisión* o sus concepciones fundamentales acerca del universo:

“...la gran mayoría de los procedimientos y técnicas de pastoreo, se solventan en un imaginario ritualístico y religioso respecto del llamo [*Lama glama*], el agua, los cerros y el conjunto de espíritus que existen en el espacio pastoril. La cosmovisión es entonces, el parámetro que brinda los límites y posibilidades respecto de las prácticas y otorga justificación y/o sentido de una determinada estrategia de subsistencia” (Morales 1997: 149).

Al contrario de las sociedades que se guían por la Economía Moderna, en general las primeras naciones americanas asumen que lo aprovechable del ambiente es *finito*. Pero en realidad no es que “economicen” en el sentido moderno. Lo central es que establecen un vínculo místico con su ambiente que implica su pertenencia/dependencia de él. Esa relación, a la vez comunitaria y personal, es la base para evitar la sobreexplotación de su hábitat (Morales 1997). Tampoco admiten para la naturaleza no humana el moderno concepto económico de “recurso”: algo hecho para su explotación. Pues aquella es un *continente* cuyo contenido —humano, animal no humano, vegetal, mineral y espiritual— conforma un *sistema que mantiene la vida*. Y no es posible “vivir bien”, como afirma Fernando Huanacuni, sin armonía equilibrio y respeto entre lo contenido en la naturaleza: “todo está conectado, interrelacionado, nada está fuera, sino por el contrario ‘todo es parte de...’; la armonía y equilibrio de uno y del todo es importante para la comunidad”. Esa forma de

---

<sup>17</sup> Aunque lejos del ánimo de este texto está el idealizar a las primeras naciones americanas, es factible especular que si su desarrollo autónomo no hubiera sido detenido o intervenido por la conquista y luego por las repúblicas, por más que su población hubiera experimentado un gran crecimiento, habrían elaborado una tecnología y formas de aprovechamiento *ad hoc* a su concepción ecológica. Lo cual en todo caso no significa que a pesar de esas concepciones, algunos de esos grupos hayan ejercido un tipo de intervención de su hábitat que les costó gravísimos trastornos ecológicos y sociales (Diamod 2007. Reyes-García y Martí 2007).

concebir la naturaleza, de hecho, se encuentra a través de toda América. Y no es una remembranza romántica del pasado, es una forma cultural vigente desde hace miles de años entre las primeras naciones:

“Aunque con distintas denominaciones según cada lengua, contexto y forma de relación, los pueblos indígenas originarios denotan un profundo respeto por todo lo que existe, por todas las formas de existencia por debajo y por encima del suelo que pisamos. Algunos lo llamamos Madre Tierra, para los hermanos de la Amazonía será la Madre Selva, para algunos la Pachamama o para otros como los Urus que siempre han vivido sobre las aguas será la Qutamama. Todos los pueblos en su cosmovisión contemplan aspectos comunes sobre el vivir bien que podemos sintetizar en: ‘Vivir bien, es la vida en plenitud. Saber vivir en armonía y equilibrio; en armonía con los ciclos de la Madre Tierra, del cosmos, de la vida y de la historia, y en equilibrio con toda forma de existencia en permanente respeto’ ” (Huanacuni 2010).<sup>18</sup>

Efectivamente, desde la Antropología y la Etnoecología se ha establecido que el aprovechamiento del ambiente por parte de las primeras naciones americanas, conlleva un *corpus* de saberes específicos. El cual está conformado en parte importante, escribe Víctor Toledo, por un “conjunto de representaciones abstractas y profundamente subjetivizadas encarnadas en los *mitos*”. Esas “representaciones” sintetizan las esferas ideal y material, conformando “sistemas con un enorme valor ecológico”. Justamente, “las cosmologías [sic] constituyen mecanismos de autorregulación social frente a ciertos componentes o fenómenos de la naturaleza que permiten prevenir, por ejemplo, la sobreexplotación de un recurso, es decir, que operan como reacciones colectivas de carácter subjetivo” (Toledo 1990: 24).<sup>19</sup>

No es correcto caricaturizar/rebajar tales concepciones ideológicas y las costumbres derivadas, por ser expresiones de la ignorancia de los *primitivos* pueblos no modernos.<sup>20</sup> Esa *subjetividad* de los mitos o las cosmovisiones no son menos eficaces materialmente hablando. O sea, el

---

<sup>18</sup> La relevancia actual de ese “vivir bien”, con su alta consideración de la naturaleza, se constata cuando se sabe que ha quedado plasmado en las constituciones políticas de Ecuador y Bolivia, donde la mayoría de sus habitantes pertenecen a alguna de las primeras naciones. Incluso en Bolivia, a fines del 2010, fue aprobada la “Ley de Derechos de la Madre Tierra”, en la cual se la considera “sagrada” (ver texto completo de la ley en: <http://www.gobernabilidad.org.bo/noticias/2-noticias/704-bolivia-promulga-la-ley-de-derechos-de-la-madre-tierra>).

<sup>19</sup> Cabe señalar que Toledo se refiere en su artículo a comunidades campesinas mexicanas, pertenecientes a diversas primeras naciones no tribales. Sin embargo, lo que expone puede ser generalizado a sociedades tribales campesinas y/o cazadoras de toda América: ellas también necesitan y de hecho *tienen* profundos conocimientos de la naturaleza.

<sup>20</sup> Las cosmovisiones y creencias mágico-religiosas de *cualquier pueblo*, expresan lo que para ellos es la esencia “fundamental de la realidad”, conllevando y empujando a una ética determinada. Nunca son *mera* metafísica y tampoco cuestiones separadas de lo cotidiano (Geertz 2000). Justamente, en el siguiente apartado se expondrá la relevancia fundamental de la religión y la metafísica para el desarrollo de la Economía Moderna.

“*corpus*” que desde lo moderno se denomina mítico —con la negativa connotación que dicho concepto tiene en las sociedades modernas y/o modernizadas— da lugar a una “*praxis*” eficiente y productiva. Ésta comprende diversas técnicas e intercambios con la naturaleza y/o en el mercado. Es más, ese aprovechamiento del ambiente se sostiene en un “complejo orden de conocimientos sobre la naturaleza”.<sup>21</sup>

Es importante hacer una última aclaración acerca de los aspectos ideológicos de las primeras naciones, y de las técnicas y costumbres derivadas. Ellas no obedecen a la imposibilidad de acumulación o preservación de los recursos (en especial de los comestibles), ni a la incapacidad de movilizar grandes cantidades de trabajadores. Tampoco responden, como decía el economista estadounidense Walt Rostow desbordando modernidad en sus palabras, a que la “productividad estaba limitada por lo inaccesible de la ciencia moderna [de Newton], de sus aplicaciones y del marco intelectual” (Rostow 1967: 17). En Sudamérica, *La Organización Económica del Estado Inca* descrita por John Murra, es un contundente desmentido de ese erróneo y concurrido lugar común moderno asumido por Rostow. Lo mismo que las otras muchas culturas andinas que les precedieron en más de cuatro mil años<sup>22</sup>, la tecnología “prenewtoniana” inca era capaz de producir abundantes cosechas en territorios que parecen ser muy poco propicios para ser habitados. Pues, escribe Murra, “la costa es un verdadero desierto y los altiplanos son muy altos, secos y fríos”. De hecho, los esfuerzos de la moderna tecnología *posnewtoniana* en tales agrestes zonas han sido infructuosos o dejan mucho que desear.<sup>23</sup>

Para concluir este apartado, es necesario aclarar que no es monopolio de las primeras naciones americanas esa manera de concebir la naturaleza. Es posible encontrar a través de todo el mundo no moderno relaciones mágico-religiosas con el ambiente, que cumplen una función o

---

<sup>21</sup> Los campesinos “tratan permanentemente de garantizar la variedad de productos a través del mantenimiento de dos características de las unidades ambientales: *heterogeneidad espacial y diversidad biológica*. Hemos llamado a todo esto la *estrategia de uso múltiple* (...) o, en otras palabras, el manejo campesino de una gran cantidad de especies con muchos usos, lo cual finalmente produce una extensa variedad de productos” (Toledo 1990: 28). Incluso, ese “conocimiento ecológico local” contribuye a mejorar la nutrición y la salud (Reyes-García y Martí 2007).

<sup>22</sup> “La investigación arqueológica ha demostrado que la civilización peruana surgió en forma naciente aunque reconocible unos cuatro mil años antes del imperio inca, durante el Período Precerámico VI (2700-1800 a. de C.). En los testimonios arqueológicos de esa época aparecen por vez primera una organización en torno a unos caciques, la arquitectura monumental (o ‘trabajo colectivo’) y refinados estilos artísticos, aunque sólo en unas cuantas regiones de los Andes Centrales” (Conrad y Demarest 1990: 111).

<sup>23</sup> En Polanyi, Arensberg y Pearson (1976) se muestran los casos de Mesoamérica, del mundo antiguo y otros no occidentales, donde se constata el desarrollo de sistemas tecnológicos *prenewtonianos* altamente productivos. Por su parte, Marshall Sahlins expone acerca de la “opulencia” a que dan lugar las estrategias de sustento de las sociedades cazadoras-recolectoras.

tienen por resultado su aprovechamiento moderado o sustentable. Por ejemplo, en Puech (1990) se expone acerca de religiones de pueblos sin tradición escrita de todos los continentes y en la gran mayoría de ellos queda manifiesto el establecimiento de nexos extramateriales con sus correspondientes ecosistemas. Ese tipo de relación implica y/o da por resultado un aprovechamiento moderado o sustentable de su ambiente.

Al contrario de lo que suele pensarse hoy, dada la ceguera que produce vivir en la cresta de la ola del dominio de la cultura occidental moderna, lo verdaderamente extravagante en la historia humana son los patrones occidentales modernos. No deberían ser los *civilizados* quienes se admiren por la extravagancia de las costumbres de los *primitivos*.

### **Orígenes de la Economía Moderna**

Una vez resuelto el tema de la diversidad que históricamente han mostrado los sistemas de sustento o socioeconómicos —la gran mayoría de ellos no maximizadores al modo lucrativo moderno—, se expondrán ahora las peculiaridades de la conformación del modelo que ha sido impuesto a la fecha, al punto de llegar a ser el dominante.

Desde un abordaje histórico-técnico se puede ver que la Economía Moderna es una disciplina desarrollada a partir de la Economía Política y la Filosofía Moral del Reino Unido en los siglos XVIII y XIX, aunque no puede dejarse fuera el XVII, por ser la centuria en la cual germinaron esas ideas. La disciplina nació en aquel período y evidentemente fue fruto de las condiciones imperantes en el contexto. Representó las esperanzas de los negociantes y, de modo principal, las que arrastraba desde el siglo XVII o antes, la pequeña y mediana burguesía comercial e industrial *puritana*.<sup>24</sup> El Estado y el moribundo sistema mercantilista, eran para aquellos un estorbo a sus afanes de expansión económica y de acumulación de utilidades. Dichos grupos fueron interpretados a plenitud por las nuevas ideas a favor de la libertad de comercio, y en contra de los monopolios y de la intervención estatal.

A su vez, la moral también fue transformada para dar apoyo y legitimidad a esas propuestas. El *interés propio* al ser identificado como la base del progreso y la riqueza de la sociedad, quedó expurgado de cualquier rastro de pecado que aún pudiera subsistir desde la perspectiva de la *vieja* moral greco-medieval (que era aun compartida por no pocos

---

<sup>24</sup> En el siglo XVII se desarrolla y consolida en las islas británicas el llamado “movimiento puritano” de bases calvinistas, el cual es transversal a todas las confesiones cristianas no católicas. Este movimiento marcó profundamente a su pueblo y a sus intelectuales, y sin duda determinó la cultura y las instituciones británicas. Que la Iglesia Anglicana fuera la oficial, no altera el que los cristianos no católicos de dichas islas fueran puritanos.

anglicanos tradicionalistas). Es más, en adelante el individualismo no sólo será la conducta económica obvia, sino también la correcta. En un cambio revolucionario en la moral occidental, se impuso el *amor a sí mismo* y llegó a ser la nueva ética social dominante. Sin embargo, en un radical salto adelante en dicha revolución moral, finalmente se comprendió el amor propio como *egoísmo lucrativo*. Y desde ese momento se tendería a practicar la producción y el comercio a partir de ese principio *vicioso*. De hecho, pasó a ser una norma válida y hasta celebrada.

A la especificidad sociocultural e histórica de la Economía Moderna, se le debe sumar una singularidad más: los intereses de la élite propietaria. A pesar de ser manifiesto que la disciplina fue marcada por un medio donde se compartían ciertos objetivos, debe recordarse que únicamente por el andamiaje científico con el cual se la desarrolló y legitimó, se ha llegado a suponer que la Economía Moderna es *universal*. Es decir, un cuerpo teórico-práctico más allá del tiempo y de las formas de vida particulares. Además, o por eso mismo, no se la construyó siguiendo el deber ser de objetividad y neutralidad supuesto para una disciplina científica. Por el contrario, era una *política económica* para favorecer a Gran Bretaña en el contexto mundial y a sus grupos privilegiados en el ámbito interno. De hecho, entre otros países hoy desarrollados, aquella creció al alero del proteccionismo y, como señalara ya en el siglo XIX el economista Friedrich List, una vez en “la cima de la gloria” le dio una “patada a la escalera”: “nada será más sabio que *eliminar esa escalera* por la que se subió a las alturas y predicar a otras naciones los beneficios del libre comercio” (Chang 2003: 8).<sup>25</sup>

La *científica* Economía Moderna sigue atada a su origen en la *vieja* Filosofía Política y Moral ilustrada, y a los supuestos socioculturales de la época. Adam Smith, el “padre” de la disciplina, fue un filósofo moral presbiteriano escocés quien imprimió su fe reformada o calvinista en el sistema productivo-comercial que sistematizara.<sup>26</sup> Precisamente fundado en su piedad, el autor propone el mecanismo del mercado autorregulado: la “mano invisible” es el medio providencial para dirigir los egoístas deseos utilitarios del “hombre económico”. Por dicho gobierno automático y autónomo —de forma inconsciente o más allá de la voluntad de los individuos— se realizaría una distribución divina de la riqueza en la

---

<sup>25</sup> “Como lo ha señalado correctamente el profesor Lionel Robbins, sería difícil encontrar un solo caso en el que los economistas clásicos ingleses recomendaran actualmente que la Gran Bretaña hiciera un sacrificio en favor del bienestar del resto del mundo. Por ejemplo, cuando ellos recomendaron el libre comercio como una política general, no lo hicieron porque el libre comercio hubiese sido beneficioso para el mundo, sino por el interés de su propio país” (Myrdal 1959: 160-161).

<sup>26</sup> En Monares (2012) se realiza un tratamiento en profundidad de los aspectos religiosos de la filosofía de Smith, indispensables para una comprensión cabal de su obra. En todo caso, el pensador escocés es un ejemplo más de la profunda y extendida devoción que guía la reflexión del movimiento iluminista.

sociedad, para así cumplir el mandato de fructificar y multiplicarse del *Génesis* (1, 28).<sup>27</sup> Sería tal la regularidad de la divina “mano invisible” que, de no ser intervenida su acción, establecería un orden factible de ser estudiado, medido y hasta predicho. Quedaba así instituida la base que daría fundamento a la pretensión científica de la Economía Moderna: la legalidad de la conducta económica.

La satisfacción de necesidades y deseos materiales mediante el consumo, quedó identificada con el amplio concepto de “bienestar”. Pero este no será exclusivamente material. Por la determinante influencia religiosa en Smith, se lo entenderá desde un punto de vista *espiritual*. La comodidad será el grado de felicidad posible de aspirar por la humanidad en su presente estado de pecado. Y, al mismo tiempo, un premio de la Deidad al trabajo entendido a modo de una conducta virtuosa para glorificarla. No obstante, por la creencia del moralista escocés en la interpretación calvinista británica de la teoría de la predestinación, lo que podría entenderse como la *gracia materialista* de Dios no es igual para todos. Al ser selectiva tocaría con el éxito y la prosperidad sólo a sus pocos elegidos, quienes se guían en sus labores productivas por el virtuoso *amor a sí mismos*. Mientras, la gran mayoría de condenados serían dirigidos a trabajar en bien de la sociedad en dos formas: aguzados por el *miedo* a morir de hambre aceptarían salarios de subsistencia y/o el *egoísmo* u otros vicios como la avaricia, la envidia, etc., los induciría a buscar riquezas. Los condenados son guiados por la “mano invisible” a producir/comerciar los bienes “necesarios y convenientes para la vida” de la nación: “al perseguir su propio interés, [promueven] el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios”.

He ahí la singular “investigación” de Smith “sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”, la cual más bien es un *encontrar* y dar por dato empírico lo que su fe le impulsaba a buscar. Conclusiones que basó en los supuestos de su “teoría” de que el egoísmo es el más importante de los “sentimientos morales” al ser el más influyente. A través de aquel vicio el ser humano “sin pretenderlo, sin saberlo” es dirigido providencialmente, por medio de sus impulsos que buscan su bien individual, a cumplir la voluntad divina: la supervivencia de la especie.<sup>28</sup>

Los supuestos, lógica y problemas establecidos por Smith, han configurado la estructura *básica* de la Economía Moderna. Por mucho que en el interludio se hayan podido añadir más autores o que algunos de ellos

---

<sup>27</sup> “Los bendijo Dios y les dijo: ‘Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra’”.

<sup>28</sup> Recuérdese que la supervivencia sería, por así decirlo, un *piso mínimo* para la humanidad en general. Según los ilustrados, ese nivel mínimo valdría sólo para los condenados-pobres; porque los elegidos-ricos obtienen por la gracia divina una vida de comodidades.

no sean de la preferencia de uno u otro estudioso, la llamada “*ciencia económica*” desciende por línea directa del pasado clásico.<sup>29</sup> Más allá de los aportes o desarrollos a través del tiempo —de un período muy corto de tiempo en realidad— la Economía Moderna ha sido una disciplina *tradicionalista*: ha mantenido un cuerpo unitario y ciertos énfasis teóricos. Éstos además, como ha sido expuesto, no se fundan únicamente en hechos; condición básica de una disciplina científica. Surgen de una selección subjetiva que implicará encaminar y hasta determinar la teoría por criterios *extracientíficos*. Primero las élites de Gran Bretaña y después las de otros países, en palabras de Gunnar Myrdal, llevaron a cabo “una racionalización de los intereses y aspiraciones del medio ambiente” al cual pertenecían.

Con posterioridad la Economía Moderna fue elevada al rango de *teoría científica*: fue legitimada al desarrollarla con un lenguaje técnico-matemático y al darle un estatus académico. Y es más, dado el supuesto de la naturaleza económica de la humanidad, esta ciencia ha llegado a ser *omnicomprensiva*: sería capaz de explicar y dirigir *todos* los diversos ámbitos y comportamientos humanos en *todo* tiempo y lugar. A lo cual se arribó *refinando/ampliando* el supuesto del egoísmo. Con dicho paso se terminó concluyendo que cualquier elección humana sería resultado de un cálculo individual del “valor” asignado a diferentes bienes, servicios, situaciones, personas, etc. La llamada “función de utilidad” aceptaría cualquier tipo de variable y ya no sólo la lucrativa e incluso ni siquiera únicamente las materiales o productivo-comerciales. En cualquier ámbito de la vida individual y social, las personas *siempre* estarían maximizando algún tipo de utilidad.<sup>30</sup>

A pesar de que como se vio, esa pretensión de ser una disciplina absolutamente explicativa ya se encontraba entre los clásicos, los *nuevos* avances de los economistas ortodoxos modernos les han llevado a sostener el carácter omnicomprensivo de su disciplina. La “función de utilidad” sirvió para *fundamentar* que *todo* cuanto hacen los humanos serían asuntos económicos. Incluso en situaciones sin relación alguna con la producción, los intercambios, la distribución o el consumo de bienes y

---

<sup>29</sup> Esa relevancia del filósofo moral escocés, es aún más explícita entre los neoliberales. Por ejemplo, George Stigler, conspicuo miembro de la llamada Escuela de Chicago, dirá acerca de Smith: “si al oír por primera vez un pasaje suyo uno se siente inclinado a discrepar, está reaccionando de modo incompetente; la respuesta correcta es decirse: me pregunto dónde fallé” (Stigler 1987: 10).

<sup>30</sup> “...los economistas han abandonado la anticuada idea de la utilidad como medida de la utilidad y han reformulado totalmente [sic] la teoría de la conducta del consumidor en función, ahora, de sus **preferencias**. Se considera que la utilidad no es más que una *forma de describirlas* (...) lo único importante de la utilidad, en lo que a la elección se refiere, es si una cesta tiene mayor utilidad que otra y no el grado en que la utilidad es mayor que otra (...) Una función de utilidad es un instrumento para asignar un número a todas las cestas de consumo posibles de tal forma que las que se prefieran tengan un número más alto que las que no se prefieren” (Varian 2002: 55. Los énfasis son del original).

servicios. De tal manera, ¡por si fuera poco!, dicha función sirve para superar la *anticuada* visión que limitaba la maximización económica exclusivamente en los estrechos marcos del dinero.<sup>31</sup>

Así, al tiempo que la “función de utilidad” permitiría explicar *cualquier* decisión humana, evidenciaría la manifiesta superioridad de la Economía y la invalidación del resto de las disciplinas socioculturales. Estas pierden tiempo preocupándose de la cultura, la moral, la historia, la religión, la política y otras cuestiones finalmente irrelevantes (las cuales además son expresadas de forma chapucera... sin matemáticas). Pues sólo basta adicionar aquellas variables no económicas a la función de utilidad. De esta manera, la Economía *unificó* todo el devenir humano y todo acto individual y social. Por si alguien todavía se atrevía a dudarlo, esa sería la prueba definitiva del carácter científico de la disciplina. En tal sentido, como sostuviera Theodore W. Schultz, Nóbel de Economía 1979 y profesor de Economía de la Universidad de Chicago, no será necesario “traicionar el análisis económico, recurriendo a ‘teorías’ basadas en consideraciones culturales, sociales y políticas” (Valdés 1989: 129-130).

Mas, al no ser tomados en cuenta los principios que guían una decisión, el contexto en el cual se toma y las demás esferas con que se relaciona y la manera institucional en que se materializa, la Economía termina describiendo las elecciones y los actos consecuentes en sí mismos o a modo de mecanismos causa-efecto aislados. Todos los actos individuales y las instituciones sociales son reducidos a una decisión valorativa (materialista o no) y a un consiguiente efecto conductual utilitario (materialista o no) que se matematiza. Se cae así con la “función de utilidad” en una generalización tan amplia, cuando no en una abierta deformación de la realidad, que termina prestando un flaco servicio teórico-práctico.

El antropólogo Marshall Sahlins grafica ese error al tratar ciertos intercambios materiales en las sociedades tribales. Al asumir automáticamente, sobre la base de que se intercambian bienes, que se maximizan utilidades, se pasa por alto el contexto y la finalidad social del fenómeno. Y, más todavía, se pierde de vista el que dichas transacciones “no aumentan en lo más mínimo la reserva de objetos de consumo”. Ciertamente son intercambios materiales, pero no son intercambios económicos. Situación identificable no sólo en las sociedades tribales, sino asimismo entre las modernas y/o modernizadas:

---

<sup>31</sup> No obstante, se sabe que el dinero es la unidad de medida de la Economía Moderna, por ende, cualquier maximización no monetaria o no materialista al final se expresará o considerará igualmente en una cantidad de dinero.

“Podríamos decir que las personas maximizan el valor social, pero eso significaría situar erróneamente el determinante de la transacción, no especificar las circunstancias que producen diferentes productos materiales en circunstancias históricas diferentes, aferrarse a las premisas de la economía de mercado asignando falsamente cualidades de tipo pecuniario a las cualidades sociales (...) El interés de esas transacciones reside precisamente en que no proporcionan un aprovisionamiento material y en que no se basan en la satisfacción de las necesidades materiales de los seres humanos” (Sahlins 1983: 205).

Ese error de asignar “falsamente cualidades de tipo pecuniario a las cualidades sociales”, con mayor razón sucede cuando se asume que en cualquier elección se están maximizando utilidades; incluso que se están maximizando cuestiones sociales, como por ejemplo el prestigio. Es algo así como llevar la caja registradora y su lógica lucrativa a todos los ámbitos sociales de intercambio material y finalmente a todo tipo de elección... porque siempre se estaría maximizando una utilidad, por muy diferentes que sean los objetos, situaciones, etc. En otras palabras, con la “función de utilidad” se fija la atención únicamente en el hecho en sí. Lo cual invisibiliza los propósitos, lógica y motivaciones de quienes deciden algo. Sea ello producir bienes, intercambiarlos o cualquier otro asunto no económico.<sup>32</sup>

Ahora bien, es posible aceptar el ejercicio mental omnicompreensivo al cual da lugar la “función de utilidad”, pero bajo una condición: si sólo se quiere *describir* una mera relación causa-efecto. Pues, debe tenerse claro que aquella perspectiva no da fruto alguno para *explicar* un fenómeno a fondo o en contexto. En otras palabras, no sirve para lo que precisamente en las disciplinas socioculturales se entiende por *conocer*.<sup>33</sup>

Vistos los antecedentes, se podrá entender que acierta plenamente Sahlins cuando habla de la Economía científica, o formal, en tanto una “encarnación de la sabiduría de las categorías burguesas”. En tal sentido, es efectivo que la disciplina “se desarrolla puertas adentro como una

---

<sup>32</sup> Tómese en cuenta el moderno caso del intercambio de camisetas al final de un partido internacional de fútbol: si cada participante queda en posesión del mismo artículo que ya poseía, ¿es económico el intercambio de ese bien?, ¿es comercio de ropa deportiva? Al final, ¿qué utilidad se maximizaría en ese *rito*?, ¿la solidaridad con quienes no hay una relación social cotidiana y ni siquiera periódica? Pero, hasta circunscribiéndose a cuestiones productivas y de intercambio material, se tiene que históricamente se han dado múltiples situaciones en que tampoco se elige para maximizar: “La costumbre y la tradición, por lo general, eliminan la opción [de elección maximizadora], y si la hubiera, ésta no tendría por qué estar provocada por los efectos limitadores de ninguna ‘escasez’ de medios” (Polanyi 1994: 99). Ejemplos de este último caso también se pueden encontrar en Polanyi, Arensberg y Pearson (1976).

<sup>33</sup> Al impedir el *reduccionismo* económico moderno una acertada comprensión de la realidad, a su vez entrega una débil base para la aplicación de la teoría en forma de política económica o proyectos de desarrollo: “La economía hoy se preocupa mucho menos por la historia de la economía y de las ideas, el estudio de las instituciones sociales reales y relevantes, y las condiciones prácticas y detalladas para formular y aplicar políticas” (Hodgson 2002: 19-20).

ideología y puertas afuera como un etnocentrismo”.<sup>34</sup> Por ende, no dejan de ser lógicas y pertinentes sus advertencias acerca de que el “Hombre Económico es una invención burguesa” y de que la “economía de mercado” es “en todo momento una trampa ideológica de la cual debe escapar la economía antropológica” o, lo que es lo mismo, la Socioeconomía.<sup>35</sup>

### **Economía Moderna como cultura**

A estas alturas se debe entender que la Economía Moderna en tanto “filosofía de la avaricia” o “espíritu del capitalismo” moderno que identificara Max Weber, es algo aún más amplio que un imperativo ético o un deber ser. Si se aborda el problema de la Economía Moderna desde la Antropología, hay que remitirse al concepto antes nombrado de “cultura”. Entonces, por elemental que parezca, lo primero a internalizar es que la disciplina y práctica económica moderna es resultado de un proceso cultural. Es una creación humana desarrollada en cierta sociedad y en una época determinada. Esta cuestión básica es ignorada o negada desde las posiciones tecnocráticas, las cuales no tienen sentido alguno de la historia ni de la dinámica sociocultural. Para quienes asumen esa cuestionable perspectiva, la Economía es parte de la “ciencia”. Sin mayores argumentos empíricos aceptan que es inherente a las sociedades modernas y/o modernizadas... ¡y hasta a la humanidad toda!

Pero el hecho de concebir a la disciplina cual “ciencia” —o sea, supuestamente objetiva y neutral al no estar relacionada a ningún contexto extracientífico—, implica de igual forma una concepción cultural desarrollada en el tiempo. Cada idea y actividad humana inventada corresponde a un fenómeno sociocultural. *¡Esa es una cuestión absolutamente inexorable!* Por mucho voluntarismo que se ponga en sostener lo contrario, es imposible que sea de otra manera.<sup>36</sup>

Una vez clarificado que el proyecto tecnocrático es un desarrollo cultural, se hará referencia a un segundo aspecto de la relación entre

---

<sup>34</sup> En Antropología el concepto “etnocentrismo (...) no es el simple hecho de preferir los valores culturales propios, sino más bien el prejuicio acrítico en favor de la cultura propia y la crítica tendenciosa y parcial de las culturas extrañas” (Bidney 1977: 313).

<sup>35</sup> Un ejemplo de tal “trampa ideológica” es atribuir a las sociedades cazadoras “impulsos burgueses”: objetivos de acumulación infinita que deben acomodarse mediante el cálculo medios-fines a un contexto de recursos escasos. Lo cual implica no “considerar la posibilidad empírica de que los cazadores trabajan para sobrevivir, un objetivo finito”. No se trata de que tales pueblos, y muchos otros, “hayan dominado sus ‘impulsos’ materialistas, sino simplemente de que *nunca* hicieron de ellos una institución” (Sahlins 1983: 26-27).

<sup>36</sup> Los economistas que aducen su condición de “científicos” asumen una especie de *asepsia* cultural, histórica e ideológica; pero también están entrapados en la tradición moderna. Al analizar el fondo de su postura, se reconoce que situarse en la esfera de la ciencia *occidental moderna* desde ya implica aceptar y reproducir toda una serie de supuestos culturales, históricos e ideológicos... y de carácter metafísico (Monares 2012).

cultura y Economía Moderna. Se trata del hecho de que la disciplina, en cuanto rasgo cultural, implica una forma de conducirse en *todos* los aspectos de la vida. Esos patrones de acción, junto a su estructura de ideas y su moral, constituyen un sistema. En otras palabras, ese sistema —la “ética del trabajo y el espíritu del capitalismo” descrito por Weber— es en realidad *una* cultura.

Se puede dar el caso de que los portadores de una determinada forma de vida muchas veces no se percaten de la especificidad de sus costumbres, ni de que están reproduciendo patrones particulares en su vida cotidiana. Esto puede ocurrir por diversos motivos: falta de conocimiento y sentido histórico; asumir la opinión tecnocrática de que la Economía Moderna es una herramienta científica; por una especie de espíritu modernista inconsciente de las propias rutinas y formas de pensar; y hasta por un dejo racista en base al cual se cree que sólo los pueblos no modernos o *atrasados* tienen costumbres (...curiosamente los modernos pensarían y actuarían en una especie de presente perpetuo y sin referentes culturales). En general, esas visiones son consecuencia de una ceguera fundada en la ignorancia y en la inconsciencia. Por fortuna dos cuestiones solucionables con suma facilidad.

La Economía Moderna en tanto *práctica* productivo-comercial consiste en la persecución individual y egoísta de lucro, en un marco autónomo llamado “libre mercado”. Entonces, por un lado, cuando se habla de persecución de ganancias se tiene un tipo específico de *conducta*, la cual no está presente en todas las sociedades o, que de darse, puede adquirir formas diferentes de la moderna. Esa misma sed ilimitada de ganancias es una *idea* particular que, ya se ha dicho, no se encuentra institucionalizada en todos los grupos humanos; o, que de existir en alguno, puede expresarse de diversas formas y en diferentes grados, y no necesariamente al modo moderno. Por otro lado, ese querer enriquecerse sin pensar en los demás miembros de la comunidad, ha llegado a ser una *ética* legítima e incluso correcta. Y a pesar de que tampoco ha sido la dominante en ninguna sociedad anterior, en la actualidad el individualismo lucrativo ha sido impuesto en los países modernos y/o modernizados. Esa misma legitimidad en tanto ideas, también la han alcanzado el sistema productivo-comercial de libre mercado y la filosofía individualista. Aprobación que ha sustentado e impulsado su aplicación.<sup>37</sup>

Se insiste entonces en que la Economía Moderna —en tanto práctica y sistema moral y de ideas— es un conjunto de patrones culturales *específicos*. Por más que sea extraño para un nativo moderno,

---

<sup>37</sup> Y ese deseo irrefrenable de lucro se validó incluso en oposición a la opinión de algunos economistas ortodoxos: “Es obvio que el dinero en sí mismo es tan sólo un medio: un medio de cambio, un instrumento de cálculo (...) Sólo el avaro, esa monstruosidad psicológica, desea la acumulación infinita de dinero” (Robbins 1935).

efectivamente los patrones conductuales, la moral y las ideas de las economicistas sociedades modernas y/o modernizadas son parte o expresión de *su* cultura.

Cuando los arqueólogos del futuro reconstruyan las formas de vida actuales, tal vez se extrañen de los contratos laborales individuales, de los sistemas financieros y bancarios, del actual tipo de industrialización, de la libertad civil coexistiendo con la sujeción económica, de que el ser humano y la naturaleza no humana se consideren mercancías o de la posibilidad de conseguir ganancias con la salud, la educación o con los medios básicos de sustento, y en general de la preeminencia absoluta de la producción y los intercambios materiales en su perfil lucrativo. Sin embargo, es posible que el rasgo más sorprendente para aquellos estudiosos del pasado sea la supuesta existencia de un *metafísico* mercado autorregulado. Un mecanismo que formaría automática y autónomamente todos los precios, y que sitúa *por debajo* y *en función* suyo tanto el sistema productivo-comercial como el resto de las esferas de la sociedad.

El mercado autorregulado y su preeminencia absoluta, lo mismo que muchos de los patrones culturales modernos nombrados en el párrafo anterior, quizás les parecerán extravagantes o inútiles a dichos arqueólogos del futuro. Tanto como puede serlo para un ciudadano moderno la *liturgia* de la aristocracia griega o el *potlach* de los kwakiutl. Nunca ha de olvidarse la condición histórico-cultural de la humanidad, con su ineludible consecuencia de dinamismo y diversidad. De ello no escapan tampoco la producción y los intercambios materiales. En tanto hechos socioculturales que son, sería imposible que eso ocurriera.<sup>38</sup>

### **Acerca de las leyes económicas**

Llegados a este punto se quiere ahora despejar del todo la errónea creencia de que existen leyes económicas. En realidad, el punto de fondo es la inexistencia de una legalidad en cualquier ámbito de la vida sociocultural. De hecho, la adscripción de la Economía Moderna al modelo científico legalista de la Física, fundándose en la regularidad de la naturaleza humana egoísta, de por sí implicará la negación de parte de la realidad y/o la homologación de toda la realidad a *una sola variable arquetípica*. Pareciera muy descriptivo cuando Marshall Sahlins habla de una “antropología ingenua” de la Economía Moderna.

---

<sup>38</sup> No se quiere dejar la sensación de una especie de pueril choque de egos entre la Antropología y la Economía. Tal como hay antropólogos que aplican la rígida visión formal de la ortodoxia económica —encasillando a diversas sociedades *primitivas* en esquemas prefabricados y con cierto fondo racista—, la economía institucionalista, por dar un ejemplo, es un enfoque que desde la propia Economía busca integrar más variables de contexto al hecho económico.

Se debe empezar por recalcar esa definición *unidimensional* del ser humano realizada desde la Economía Moderna. Al caracterizarlo en tanto un mero “hombre económico” se lo tiene por puramente maximizador y se limita al extremo toda la diversidad de la vida en comunidad. Una sola variable determinaría y explicaría el fundamento de las expectativas, motivaciones, razonamientos y actos individuales y sociales. Luego, se debe tener en cuenta que en las sociedades modernas y/o modernizadas imperan ideas, comportamientos y una moral acordes a la búsqueda individual y egoísta de lucro. Por ende, no es en absoluto extraño para un observador desprevenido o para quien se guía simplemente por su sentido común, *creer* comprobar la veracidad de la “racionalidad económica” en dichas sociedades lucrativas. Cuando las personas actúan según el contexto sociocultural maximizador, se podrá llegar a concluir que en verdad son *hombres económicos* acatando o siendo dirigidos por *leyes económicas*.

Desde las apariencias surgidas por la unidimensionalidad de la Economía Moderna, de su “antropología ingenua”, se puede entender que algunos caigan seducidos por su sencillez y su supuesta gran capacidad explicativa. O, en palabras de John Maynard Keynes, sean convencidos por su “hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad”.<sup>39</sup>

No obstante, precisamente desde la Física —la *madre* de las ciencias modernas— se puede poner en cuestión a la Economía Moderna por su discutible enfoque científico. El físico Igor Saavedra expone los serios problemas de predicción en dicha disciplina. En un hecho reñido con lo entendido consensualmente en el mundo moderno y/o modernizado por “ciencia”, aquella *hace variar el sistema social intervenido*. Cuando a partir de la Economía antes se construyó *un tipo* de sociedad, una específicamente lucrativa, ocurrirá lo esperado por la teoría al aplicar su esquema técnico, experimentar o medir. La disciplina carga de forma inherente un sesgo tautológico. Al ser una profecía auto-cumplida, escribe Saavedra, “en rigor no podría considerarse la economía como una ciencia”:

“Cuando el objeto de estudio es un sistema social, parece fácil que ocurra que al tratar de verificar las predicciones de una teoría se influya necesariamente sobre el sistema, y lo modifica de manera tal que el

---

<sup>39</sup> Con su voluntarismo pragmático el Neoliberalismo llevará aún más lejos los serios problemas que presenta la disciplina económica en la relación teoría/realidad. Para Milton Friedman, premio Nobel de Economía 1976, la relevancia de los supuestos e hipótesis de una teoría no pasa por el *grado de verdad* alcanzado por ella en la descripción del mundo. No importarían qué tan verdaderas sean las suposiciones de una teoría, porque asume que nunca podrán ser del todo verdaderas. Las “hipótesis” son meras aproximaciones “suficientemente buenas para nuestros propósitos”; y estos se refieren a que un supuesto será *correcto* “si brinda predicciones suficientemente exactas”. Cabe aclarar que cuando el autor habla de *exactitud*, apunta a si en base a esa teoría se puede *interferir* en la sociedad para hacerla monetarista; no es relevante el tema de la certeza en cuanto verdad (Valdés 1989).

único resultado posible del experimento sea justamente el que predice la teoría (...) la sociedad sobre la cual realiza mediciones destinadas a verificar las predicciones de la teoría, no es ya más la sociedad original, sino otra, en la que impuso que se cumpliera justamente lo que se está tratando de medir” (Saavedra 1977: 76).

En un país neoliberal como Chile, donde se privilegia la persecución individual de ganancias monetarias y fue organizado a partir del principio de maximización, por supuesto que variaciones de las tasas de interés o de los precios de los bienes y servicios provocarán respuestas económicas lucrativas en no pocos ahorrantes y consumidores. En una sociedad de ese estilo hasta el matrimonio o el número de hijos pueden ser objeto de cálculo en dinero. Pero no por una supuesta “racionalidad económica” natural de las personas; sino por las condiciones del contexto sociocultural que hacen dura la vida a gran parte de aquellas. Recuérdese que en Chile se han mercantilizado todos los bienes y servicios a elevados precios, se ha restringido el acceso a los recursos para la mayoría de la población por sus bajísimos sueldos y por el escaso o nulo apoyo estatal.<sup>40</sup>

He ahí las bases para entender la síntesis utilitaria o de mercado en el país. Por un lado, la ética lucrativa dominante prioriza la riqueza y el estatus ligado a ella; junto a lo cual coexiste una búsqueda de seguridad material, en una sociedad donde paradójicamente prima la inseguridad material. El punto de fondo es que cualquier posible cálculo maximizador está incentivado por un contexto social, político, moral o ideológico que ensalza las ganancias. O, a su vez, la preocupación materialista o por la supervivencia, está incentivada por las precarias condiciones económicas de gran parte de la población. Se insiste que lo central para analizar las acciones económicas es el *contexto sociocultural* donde ellas se llevan a cabo, sobre la base de una lógica e incentivos derivados de aquel escenario. Por ello las acciones económicas, además de por realizarse en sociedad, son en realidad actos *socioeconómicos*. Para nada son una cuestión determinada por una naturaleza humana maximizadora.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> Según el Gobierno de Chile (2009) en el país un 74.2% de los trabajadores ganan *menos* de \$ 477 mil (US\$ 1024); de ellos un 17% percibe un salario *menor* a \$ 318 mil (US\$ 683) y un 31.4% uno *menor* a \$ 238.500 (US\$ 512). Además, esas cifras han de sopesarse al saber que el Estado *subsidiario* chileno está muy lejos de ser algo parecido a uno del bienestar.

<sup>41</sup> Paul Krugman, premio Nóbel de Economía 2008, si bien habla de que es “fácil burlarse” del “cuento” del “*Homo economicus*”, opina que esa “representación idealizada de lo que realmente pensamos que ocurre (...) es una simplificación especialmente fructífera”. El punto, señala el autor, “es hasta dónde se puede llevar”. Sin embargo, él mismo llega *lejos* con esa “representación idealizada”. Cuando Krugman habla de las teorías fundadas en la “idea de comportamiento racional” de Milton Friedman (y Edmund Phelps) sobre la relación entre empleo e inflación expuestas en 1967, señala que resultó ser una “predicción” de lo que ocurrió luego: cuando “después de un periodo de inflación sostenido” las personas introdujeron sus “expectativas de inflación futura en sus decisiones” y anulaban “cualquier efecto positivo de la inflación sobre el empleo”. Pero aunque sucediera lo que Friedman había dicho, ello no hace verdadero el *supuesto* de la naturaleza maximizadora. Sólo se comprueba el hecho de que una economía de mercado es un

Desde los datos empíricos es posible rechazar la propuesta económica moderna de una tendencia natural a maximizar utilidades. Pero, al tomar en cuenta la realidad, también se deja de lado la concepción general de una tendencia materialista innata en la humanidad. Considérense algunos casos de diferentes épocas, zonas y culturas.<sup>42</sup> Sahlins da cuenta del característico desapego que en general muestran las sociedades cazadoras-recolectoras de todo el mundo, respecto a sus bienes materiales e incluso de lo esencial para la subsistencia: llega a sentirse tentado a decir que el cazador es un “hombre antieconómico”. En el Próximo Oriente de la Antigüedad existieron prósperos enclaves comerciales costeros cercanos a pueblos del interior y ni esos vecinos ni los grandes imperios mesopotámicos, ni el Egipto prehelénico o el Imperio hitita de Asia Menor hicieron esfuerzo alguno por conquistarlos para adueñarse de sus redes comerciales. Por su parte, en la Roma antigua la expansión territorial no respondía a expectativas de lucro: no se pueden identificar guerras comerciales o imperialismo comercial y tampoco quedan en evidencia la defensa o promoción de los intereses de los mercaderes en las decisiones políticas de las élites gobernantes. Y, en la Sudamérica actual, dentro de los grupos de nativos achuar del Ecuador coexisten poblaciones establecidas en dos zonas diferentes: una más *rica* en recursos que la otra. No obstante, aún siendo los achuar un pueblo guerrero, los grupos ubicados en la zona más *pobre* nunca han tenido la intención de conquistar el espacio ecológico de los otros o siquiera de emigrar hacia allí (Monares 2008).

Ante las posibles objeciones que se pudieran hacer a los ejemplos antes descritos, sea por su antigüedad o por no corresponder a población moderna y/o modernizada, tómense en cuenta los siguientes casos. En la ciudad argentina de Rosario, escribe Howard Richards, a fines del siglo pasado los abonados a la red de gas aceptaron pagar un 10% más en sus cuentas, a objeto de que ese dinero fuera usado para ampliar el servicio a barrios pobres. Y en la misma ciudad los contribuyentes que por sus ingresos no se atienden en los consultorios gratuitos, son quienes más aportan con sus impuestos al sistema público de salud que atiende población pobre y votan en su mayoría por la coalición política que les impone dichos tributos. Finalmente, un hecho ocurrido en Chile: durante la dictadura de Pinochet el modernizado empresariado neoliberal que le era afín, nunca puso su publicidad en los medios escritos de oposición democrática; a pesar de que su gran tiraje y cantidad de lectores lo hacían “racional” desde la perspectiva lucrativa.

---

*contexto* cuya lógica, relacionada a diversas variables ideológicas y materiales, incentiva a que muchas personas decidan y actúen en base a cálculos monetarios.

<sup>42</sup> En el apartado “La economía en las economías no maximizadoras” ya se expusieron otros ejemplos, de diversas culturas y épocas, de acciones despilfarradoras institucionalizadas y de patrones no economizadores respecto al aprovechamiento del hábitat.

El punto en una investigación económica empírica y fructífera es empezar por determinar correctamente el contexto. A nada conduce buscar por doquier una supuesta naturaleza humana. Ese tipo de generalización no da cuenta de la real existencia de leyes de la conducta. En cambio, deja al descubierto una mediocre capacidad de observación y análisis, fruto de una carencia grave o total de conocimientos socioculturales e históricos. Lo cual, asimismo, está influido por la falta de una sólida formación en los propios fundamentos económicos y científicos. Ante esa incapacidad de relacionar los principios de un método con los errores e insuficiencias del mismo, se continuará con su aplicación indiscriminada. A lo más se emprenderán arreglos menores o se lo *refinará* formalmente... por ejemplo, agregando matemática a la misma lógica.<sup>43</sup>

Más allá del rol básico del dinero para la supervivencia en una sociedad moderna y/o modernizada, cuando se analizan los actos de sus miembros tomando en cuenta la diversidad de variables socioculturales, se verifica el hecho de que en un contexto lucrativo es obvio que la maximización será una cuestión relevante. Y esa “racionalidad económica” para nada es algo inherente al género humano o un asunto de legalidad conductual. Simplemente, se corroboran las específicas condiciones socioculturales lucrativas que influyen, incentivan, hacen conveniente u obligan a perseguir la maximización de los beneficios. Según el grupo específico de ingresos al cual se pertenezca, ello se hace para acumular o sólo para asegurar la subsistencia.

El conocimiento empírico muestra con claridad la influencia de ciertos patrones y condiciones en los actos. Patrones y condiciones del contexto o socioculturales; no cuestiones derivadas de una naturaleza humana maximizadora o utilitaria. Los actos humanos no obedecen a leyes inexorables del tipo con las cuales trabajan las ciencias naturales:

“...hay leyes y leyes. Hay leyes científicas, que enuncian las relaciones invariables entre los fenómenos, hay leyes jurídicas, que indican cómo deben comportarse los hombres, y hay leyes que ni son jurídicas ni totalmente científicas, aunque pertenecen sin duda a idéntica categoría que estas últimas. Tales leyes no enuncian relaciones invariables ni prescriben una conducta, sino que describen cómo tienden a comportarse en general ciertos grupos de hombres, dadas ciertas condiciones históricas y jurídicas, y cuando están influidos por ciertas convenciones e ideas” (Tawney 1945: 56-57).

---

<sup>43</sup> Al respecto tómense en cuenta las palabras del sociólogo francés Edgar Morin: “La economía, por ejemplo, que es la ciencia social matemáticamente más avanzada, es la ciencia social y humanamente más atrasada, puesto que se ha abstraído de las condiciones sociales, históricas, políticas, psicológicas, ecológicas inseparables de las actividades económicas” (Morin 1999: 19).

Generar en las disciplinas socioculturales, de las cuales forma parte la Economía, la capacidad de establecer generalizaciones con un alto grado de rigurosidad y no leyes estrictas, de ninguna manera supone rebajar a aquellas disciplinas ni a sus saberes. Simplemente es aceptar una lógica relación entre la naturaleza de lo estudiado y la naturaleza de los métodos para hacerlo. Lo cual asimismo ha de tomar en cuenta los fundamentos a partir de los cuales se concibe lo estudiado, los métodos para hacerlo y las propias disciplinas que lo investigan.<sup>44</sup>

### **Comentario**

A estas alturas bien podría valer la pena preguntar si tiene algún mérito *descubrir* que la producción y los intercambios materiales son fenómenos socioculturales. Al tenor de la información disponible desde hace mucho tiempo, la respuesta manifiestamente es no. Sin embargo, el punto es que el desarrollo económico moderno nos muestra que la duda adquiere otro carácter o perspectiva. Pues, ¿por qué una cuestión tan evidente no ha hecho mella en el andamiaje teórico-práctico de la Economía Moderna? Por ende, ¿por qué tantos economistas continúan sosteniendo y generalizando visiones reduccionistas o derechamente erradas?, ¿por qué siguen negando parte importante de la historia y de la realidad socioeconómica?

Por si aún no estuviera claro el asunto, calíbrese el tenor de la siguiente situación: un cazador-recolector amazónico, un capitán de industria italiano del siglo XV o un burócrata egipcio o inca, buscando en otros grupos de tradición diferente y en períodos de tiempo diferentes *su* tipo de sistema de producción y de intercambios materiales... Y, peor aún, ¡encontrándolo! En el caso de los *supuestos* sobre los que se sostiene la Economía Moderna, es necesario recordar que las ideas no tienen por qué ser verdaderas para poder ser llevadas a la práctica. La confusión surge de crearlas verdaderas porque fueron llevadas a la práctica.<sup>45</sup>

Como ya se expuso, la primera explicación que se puede esgrimir para la mantención y difusión de los errores de la Economía Moderna, es la expresión y protección de intereses particulares a través de su cientificismo. Se supone que una ciencia, al ser neutral y objetiva, no tiene que excusarse de nada. De donde no es posible culparla de encubrir aspiraciones de grupo alguno... más allá de lo evidente que es su

---

<sup>44</sup> Este enfoque no tiene nada de novedoso, ya fue propuesto en la Grecia clásica por Aristóteles. Cuando el autor habla de *Ética* y de *Política* recomienda adecuar el método de estudio a la naturaleza del objeto estudiado; lo cual en el caso de los asuntos humanos, llevaría a generalizaciones rigurosas y no a la exactitud matemática (Monares 2008).

<sup>45</sup> El transitorio dominio militar de los nazis y la esclavización y asesinato de millones de personas, no representa prueba alguna de que en realidad los “arios” fueran una “raza superior”.

predilección por unos en desmedro de otros. La aséptica redacción de la afirmación de que los salarios superiores al nivel de equilibrio acarrearán la desocupación y la consecuente explicación técnica *ad hoc* acerca de los incentivos lucrativos, no alcanzan para encubrir que es un *axioma* derivado de una propuesta sociopolítica: proteger a los dueños del capital en desmedro de los trabajadores asalariados.

En los siglos XVII, XVIII y gran parte del XIX nadie tenía que esconder con pseudotecnismos que los obreros, esa “raza aparte”, *debían recibir un salario de subsistencia*. Era una situación *normal*. Ese era el sustrato de la propuesta de David Ricardo respecto al “salario natural”. Pero no se debe olvidar que el origen primario del sistema era religioso. Para el devoto Adam Smith la divinidad había determinado a la humanidad con una naturaleza materialista, egoísta e individualista, la cual se expresaba en la realidad de forma diferenciada.<sup>46</sup> Mientras unos pocos acumulaban ganancias y podían vivir con comodidades, la mayoría sobrevivía al mero nivel de la subsistencia. Esa era la voluntad de Dios. La posibilidad de legalizar la conducta —base del enfoque científico en lo sociocultural— derivaba de la regularidad del gobierno providencial de esa naturaleza humana materialista.<sup>47</sup>

En el fondo, el fundamento mágico-religioso de la mano invisible/libre mercado es expresión de la cultura de los nativos de las islas británicas. Y en cuanto que expresión de ideas místicas y sobrenaturales, en nada difiere de la espiritualización de la naturaleza (“animismo”) entre las primeras naciones de los Andes Centrales o de las creencias por el estilo de otros pueblos. Se olvida con demasiada frecuencia que los británicos son —por así decirlo— *sus propios* “indios”, “primeras naciones” o “pueblos originarios”.

La otra línea de explicación para las omisiones de lo obvio por la Economía Moderna es el etnocentrismo, ese prejuicio acrítico por el cual se realza la cultura propia y se rechazan o rebajan otras. No es novedad el marcado espíritu autorreferente de los europeos occidentales y de los ingleses en particular. Con mayor razón entre los siglos XVII y XIX. La “historia universal” es la historia de Europa occidental, las demás naciones *aparecen* cuando los europeos se contactan con ellas... en general, en el rol de invasores y conquistadores. Esas otras naciones, a

---

<sup>46</sup> No debe malinterpretarse la propuesta del moralista escocés como un apoyo al egoísmo; desde su piedad y empirismo simplemente estaba describiendo lo que para él era una *realidad*: la irremediable corrupción humana.

<sup>47</sup> Aunque el tema excede a este trabajo, es interesante señalar que los fundamentos *deterministas* de la Economía Moderna niegan el libre albedrío. Del mismo modo, ese cientificismo más su pretensión de autonomía sirven de base para situar a la Política —la vía racional para alcanzar la felicidad y el bien común— por *debajo* y *en función* de la Economía. Cabe señalar que el rechazo del libre albedrío y de la política racional, son características típicas de la cultura británica moderna o pos Reforma Protestante.

decir de Hegel, son simplemente “pueblos sin historia”. El resto del trabajo lo han hecho esos mismos “pueblos sin historia”, quienes deslumbrados con cuentas de vidrio teóricas han aceptado y sublimado de manera acrítica el saber del *hombre blanco*. Llegando incluso a asumirlo como propio para poder acceder a la categoría de “civilizados”.<sup>48</sup>

De esa manera, se ha impuesto por encima de un conjunto de racionalidades económicas no lucrativas una única y singular racionalidad: la instrumental lucrativa de la cultura moderna. La cual, para peor, no es racional al basarse en un sentimiento: el egoísmo. Así, al tiempo que se limita el conocimiento de los fenómenos humanos, se limita la diversidad cultural y las consecuentes posibilidades de enfrentar los desafíos que impone la búsqueda del sustento. De ahí que se pueda decir que los ya nombrados economistas sustantivistas —quienes trabajan los fenómenos de la producción y los intercambios materiales aunando los enfoques de disciplinas como la Historia, Sociología, Antropología, Psicología y por cierto la propia Economía— pueden ser designados los *verdaderos economistas*. Pues, es evidente la pertinencia y utilidad teórico-práctica de dicho enfoque.<sup>49</sup>

No se puede conocer la realidad deformándola para que sea operativa a un modelo reduccionista. Y ese conocimiento insuficiente o errado, tampoco será fructífero para ser aplicado, por ejemplo, en proyectos de desarrollo o en algún tipo de política socioeconómica. Tomar la realidad cual *dato dado* determinado *correctamente* desde un modelo, no es una actitud científica ni menos útil a la investigación y a la práctica. De hecho, es una de las mejores maneras de retrasar el avance del saber. Lo cual está lejos de ser una mera postura ideológica, pues se apoya en datos concretos y evidentes. Recuérdese que la gran mayoría de la población mundial pertenece a países subdesarrollados o en vías de desarrollo, es decir, a pueblos diferentes de los de las sociedades occidentales modernas.<sup>50</sup>

---

<sup>48</sup> Una vez más la modernidad de Marx y Engels (hegelianos además) queda en evidencia, al recordar su mirada racista de los pueblos no europeos a los cuales consideraban “bárbaros o semibárbaros” (Marx 1983).

<sup>49</sup> Esta manera holística de estudiar las formas reales de sustento, permitirá situar en un lugar más adecuado a las técnicas de maximización lucrativa. Estas, útiles en los contextos dominados por la Economía Moderna, están lejos de agotar lo económico o de dar cuenta de todos los tipos de fenómenos y sistemas económicos. Se cree aquí que ya sería un paso adelante *renombrar* los cursos que hoy pretenden tratar de la Economía y se los llama “Economía”, con el título más adecuado de “Técnicas de maximización lucrativa”.

<sup>50</sup> Incluso en las naciones modernizadas por la imposición de una fuerza externa no hay una total *conversión* cultural, pues siempre se mediarán los rasgos exóticos desde la cultura propia. Interpretación que es *conciente* cuando los procesos de cambio cultural son planificados internamente, como es el caso arquetípico de la modernización japonesa.

En el exclusivo caso de ese saber británico que es la Economía, es manifiesto que la disciplina y sus cultores no se limitaron ni se limitan a Gran Bretaña. Pero fue en esa nación en la cual surgió y desde donde se difundió la teoría y práctica económica moderna, primero, al resto de Europa y luego a otras partes del mundo. La Economía Moderna no se desarrolló en Inglaterra porque ella alcanzara determinadas condiciones socioeconómicas *antes* que otras naciones. El punto es que ese sistema productivo-comercial surgió de su particular evolución sociocultural y sólo después le fue impuesta a otros países o fue copiada al importar esos patrones bajo el nombre de “Liberalismo” o “ciencia económica”. Historia repetida hoy con el Neoliberalismo, que ha actualizado y radicalizado la teoría clásica al llevarla hasta sus últimas consecuencias lógicas.

A la fecha el Liberalismo y el Neoliberalismo ya no son un conjunto de principios usados como referencia para quienes estudian y describen lo productivo-comercial. Hace tiempo que son una especie de *libro de recetas* para transformar la realidad... por mucho que los fines perseguidos puedan no tener ninguna concordancia con las formas de vida de los grupos afectados. La propuesta de la Economía Moderna se convierte en mucho más que un imperativo ético en lo productivo-comercial. Influirá en todo el resto de las actividades de una comunidad al punto de convertirse en una cultura. A las personas les corresponderá actuar *irracionalmente* en cada ámbito de sus vidas, al perseguir de forma egoísta sus propios intereses lucrativos sin consideración por los demás. Al acatamiento de esa ahora legítima obligación, no se le pueden anteponer *rancios* reparos morales o de cualquier otro tipo ajeno a la Economía:

“Una filosofía de la vida es, inherentemente, la idea íntima del capitalismo [de libre mercado]. Quienes la aceptan, no necesitan justificar sus acciones con motivos de origen extra-capitalista. Su lucha por la riqueza en tanto que individuos, colora y modela sus actitudes en todos los órdenes de la conducta (...) Toda la ética del capitalismo [de libre mercado] se resume en su esfuerzo por liberar al poseedor de los instrumentos de producción, emancipándolo de toda obediencia a las reglas que coartan su explotación cabal. El auge del liberalismo resulta de la ascensión gradual de la doctrina que sirve de fundamento a esta ética” (Laski 1994: 22-23).

El dominio del individualismo se complementa con la creencia en que el sistema de libre mercado, un sistema de egoísmos lucrativos en pugna, se autorregularía si no es intervenido. Un problema no menor en la actualidad es la fuerza del dogma de la *autonomía* de lo económico en su sentido moderno o libremercadista. Si la indignidad y pobreza de millones de seres humanos y la devastación del planeta no han sido llamados de atención suficientes, tal vez la última gran crisis financiera *subprime* pueda serlo. Al afectar a no pocos inversionistas acaudalados —junto a millones de ahorristas y trabajadores que tienen mucho más que perder—,

quizás esa debacle de los poderosos tenga mayor llegada con el poder. Así cooperará a dejar en claro los peligros de un sistema autorregulado y autónomo, de búsqueda infinita y egoísta del lucro, de una mínima parte de los habitantes del mundo.<sup>51</sup>

Cuando se conocen los fundamentos de esa pretensión de autosuficiencia de lo económico en su rígida manifestación libremercadista ortodoxa, es posible percatarse con claridad de su carácter sino tendencioso a lo menos pseudocientífico. A su vez se desmitifica esa pretensión de autorregulación y autonomía, al constatar que la producción y los intercambios materiales han sido determinados, en la mayor parte de la historia del *homo sapiens*, por criterios no económicos... menos aún por unos lucrativos. Lo económico, en su sentido de formas de sustento, ha estado generalmente “incrustado” en sistemas socioculturales más amplios; en los cuales, además, todos sus patrones o instituciones se interrelacionan. De ahí la conveniencia y necesidad del enfoque socioeconómico.

En el fondo, particular y finalmente, la producción y los intercambios materiales han sido influidos por principios *políticos* de decisión (en su amplio significado de consensos sociales). Y por cierto que no basta levantar el estandarte de la política para solucionar los problemas teórico-prácticos de los sistemas de sustento en general o los de la Economía Moderna en particular. La política también pudiera ser usada, y de hecho lo ha sido, para establecer sistemas de groseros privilegios y desigualdad extrema. Pero aspirar a establecer principios que racional y concientemente busquen la felicidad y el bien común, en verdad para todos y todas, al menos permite partir de la base de un debate plural. Por ende, desde la perspectiva de un proyecto de toma de decisiones por mayorías informadas, activas y solidarias. Ante ese posible escenario, se presenta el desafío de ampliar la participación en ese proceso para definir las metas y las vías para alcanzarlas.

No obstante, y considerando dónde esto fue escrito, al mismo tiempo se plantea el reto de que las y los latinoamericanos se reconozcan culturalmente. Que dejen de ser un mal remedo de otros pueblos. Y esa cultura propia —por cierto enriquecida por aspectos de otras formas de vida; pero elegidos y mediados, no impuestos y sin revisión— debe conllevar un espíritu de constante autocrítica. De esa manera, se

---

<sup>51</sup> Las crisis financieras dejan al descubierto un tópico que tiende a olvidarse: si ya el lucrativo sistema de mercado autorregulado es una *ruptura* con la generalidad de los sistemas socioeconómicos humanos, se estableció una doble ruptura al desligarlo de la producción. El capitalismo financiero *especulativo* busca ganancias sin entregar un resultado *material* (bienes, servicios y por ende puestos de trabajo); lo cual incluso va contra el proyecto de una “ética del trabajo” del originario capitalismo burgués de Adam Smith. Al tomar en cuenta la lógica dominante de lucro puro e infinito y la desregulación, se concluye que la crisis *subprime* era esperable.

establecerá una sólida base para un progresivo mejoramiento del debate y la participación política, como asimismo de los medios de sustento y de la cultura propia.

### **Bibliografía**

BIDNEY, David. 1977. "Cultura: Relativismo Cultural". En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Volumen III. Editorial Aguilar. Madrid.

CHANG, Ha-Joon. 2003. "Patada a la escalera: La verdadera historia del libre comercio". Trabajo presentado en la conferencia "Globalization and the Myth of Free Trade", New School University, New York.

CONRAD, Geoffrey y DEMAREST, Arthur. 1990. *Religión e Imperio. Dinámica del Expansionismo Azteca e Inca*. Alianza Editorial Mexicana-Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México D. F.

DIAMOND, Jared. 2007. *Colapso: Por Qué unas Sociedades Perduran y Otras Desaparecen*. Random House Mondadori. México D. F.

GEERTZ, Clifford. 2000. *La Interpretación de las Culturas*. 10ma. reimpresión. Gedisa Editorial. Barcelona.

GOBIERNO DE CHILE. 2009. *ENCLA 2008. Encuesta Laboral - Informe de Resultados*. Dirección del Trabajo. Santiago.

HODGSON, Geoffrey. 2002. "¿Cómo llegó la Economía a semejante situación?". En: *Revista de Economía Institucional*, Volumen 4, Nro. 6, Primer Semestre. Universidad Externado de Colombia. Bogotá.

HUANACUNI, Fernando. 2010. *Buen Vivir/Vivir Bien. Filosofía, Políticas, Estrategias y Experiencias Regionales Andinas*. Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas. Lima.

KEYNES, John Maynard. 1926. *El Final del Laissez-Faire*. En: <http://www.eumed.net/cursecon/textos/keynes/final.htm>.

KRUGMAN, Paul. 2008. *¿Quién era Milton Friedman?*. En: [http://www.elpais.com/articulo/primer/plano/Quien/era/Milton/Friedman/elpepueconeg/20081019elpneglse\\_7/Tes](http://www.elpais.com/articulo/primer/plano/Quien/era/Milton/Friedman/elpepueconeg/20081019elpneglse_7/Tes).

LASKI, Harold. 1994. *El Liberalismo Europeo*. 13ra. reimpresión. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

LECHTMAN, Heather y SOLDI, Ana (compiladoras). 1985. *La Tecnología en el Mundo Andino. Runakunap Kawsayninkupaq Rurasqankunaqa*. 2da. edición. Universidad Nacional Autónoma de México. México D. F.

LINTON, Ralph. 1972. *Estudio del Hombre*. 9na. reimpresión. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

MARX, Karl. 1983. *El Manifiesto Comunista y Otros Ensayos*. Sarpe. Madrid.

MIRES, Fernando. 1990. *El Discurso de la Naturaleza. Ecología y Política en América Latina*. Amerindia Estudios. Santiago.

MONARES, Andrés. 2008. *Oikonomía. Economía Moderna. Economías*. Editorial Ayun. Santiago.

MONARES, Andrés. 2012. *Reforma e Ilustración. Los Teólogos que Construyeron la Modernidad*. 2da. edición revisada y aumentada (en preparación). La Autopista del Sur. Maracaibo.

MORALES, Héctor. 1997. *Pastores Trashumantes al Fin del Mundo. Un Enfoque Cultural de la Tecnología: En una Comunidad Andina de Pastores*. Memoria para optar al Título de Antropólogo. Carrera de Antropología, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile. Santiago.

MORIN, Edgar. 1999. *Los Siete Saberes Necesarios Para la Educación del Futuro*. UNESCO. París.

MURRA, John. 1989. *La Organización Económica del Estado Inca*. 5ta. edición. Editorial Siglo Veintiuno. México D. F.

MYRDAL, Gunnar. 1959. *Teoría Económica y Regiones Subdesarrolladas*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

POLANYI, Karl. 1994. *El Sustento del Hombre*. Mondadori. Madrid.

POLANYI, Karl; ARENSBERG, Conrad y PEARSON, Harry. 1976. *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*. Editorial Labor. Barcelona.

PUECH, Henri-Charles (director). 1990. *Las Religiones en los Pueblos sin Tradición Escrita*. 3ra. edición en español. Historia de las Religiones Siglo Veintiuno, Volumen 11. Siglo Veintiuno Editores. México D. F.

REYES-GARCÍA, V. y MARTÍ, N. 2007. "Etnoecología: punto de encuentro entre naturaleza y cultura". En: *Ecosistemas*, 16 (3), pp. 45-55, Septiembre. España.

RICHARDS, Howard. 2007. *Solidaridad, Participación, Transparencia. Conversaciones Sobre el Socialismo en Rosario, Argentina*. Tinta Roja. Rosario.

ROBBINS, Lionel. 1935. *Ensayo Sobre la Naturaleza y Significación de la Ciencia Económica*. 2da. edición. En: <http://www.eumed.net/cursecon/textos/robbins/index.htm>.

ROSTOW, Walt. 1967. *Las Etapas del Crecimiento Económico*. 4ta. edición. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

SAAVEDRA, Igor. 1977. "El método físico en la obra de Smith". En: *La Ciencia Económica en Adam Smith*. M. Zañartu (editor). Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Universidad de Chile. Santiago.

SAHLINS, Marshall. 1983. *Economía de la Edad de Piedra*. 2da. edición. Akal Editor. Madrid.

SANTA BIBLIA. 1995. Versión Reina-Valera. Sociedades Bíblicas Unidas. Brasil.

SINGER, Milton. 1977. "Cultura: Concepto". En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Volumen III. Editorial Aguilar. Madrid.

STIGLER, George. 1987. *El Economista Como Predicador y Otros Ensayos*. Editorial Folio. Barcelona.

TAWNEY, R. H. 1945. *La Igualdad*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

TOLEDO, Víctor. 1990. "La perspectiva etnoecológica. Cinco reflexiones acerca de las 'ciencias campesinas' sobre la naturaleza con especial referencia a México". En: *Ciencias*, Especial 4, pp. 22-29. México D. F.

VALDÉS, Juan. 1989. *La Escuela de Chicago: Operación Chile*. Grupo Editorial Zeta. Buenos Aires.

VARIAN, Hal R. 2002. *Microeconomía Intermedia: Un Enfoque Actual*. 5ta. edición. Antoni Bosch Editor. Barcelona.

WEBER, Max. 1994. *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. 11va. edición. Ediciones Península. Barcelona.

ZWEIG, Ferdinand. 1954. *El Pensamiento Económico y su Perspectiva Histórica*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.